

**APUNTES LITERARIOS PARA UNA FILOSOFÍA Y UNA PEDAGOGÍA DE
LA SOLEDAD.
NOTAS LITERÁRIAS PARA UMA FILOSOFIA E UMA PEDAGOGIA DA
SOLIDAO**

Carlos Skliar¹

¹CONICET/FLACSO, Argentina, email: skliar@flacso.org.ar

Resumen

Este artículo se plantea un pensamiento de la soledad a partir de un conjunto de obras filosóficas y literarias que permitan ir más allá de una imagen de “fortaleza” o “debilidad” con la que se describe en la actualidad su devenir. Soledad, en este texto –recuperando algunos fragmentos presentes en Nietzsche, Derrida, Deleuze y Jabés, entre otros- que nos plantea un dilema ética a propósito de la idea de “voz interior” o “intimidad” en tanto cuerpo que confirma y elabora su fragilidad inicial y final.

Palabras clave: SOLEDAD – IDENTIDAD – ALTERIDAD – INTIMIDAD.

Resumo

Este artigo sugere um pensamento da solidão que coloca-se a partir de um conjunto de obras filosóficas e literárias que vão para além de uma imagem de "força" ou "fraqueza" com o qual descreve-se hoje o seu devir. Solidão neste texto -recuperando alguns fragmentos presentes em Nietzsche, Derrida, Deleuze e Jabés, dentre outros- nos descreve um dilema ético sobre a idéia de "voz interior" ou "intimidade" enquanto um corpo que confirma e elabora a sua fragilidade inicial e final.

Palavras Chave: Solidão – Identidade – Alteridade – Intimidade

Forma de citar: Skliar, Carlos. (2017) “Apuntes literarios para una filosofía y una pedagogía de la soledad.”. Voces de la Educación, 2 (1) pp. 113-129.

Recepción: 11 de abril de 2016 **Aceptación:** 21 de julio de 2016

NOTAS PARA UNA FILOSOFÍA DE LA SOLEDAD.

1. El grito de Munch y el secreto de la soledad.

Hace ya más de ciento y cincuenta años Edward Munch dejó el legado de un grito famoso, un grito que aún está gritando: un rostro en el límite de lo humano, los ojos solos, la boca abierta hasta sus fauces, las manos apretándose los oídos, el bosquejo de una nariz escasa, nula, irrelevante.

El grito de ese rostro-calavera que expresa la inaudible experiencia de la soledad, la angustia o el dolor –que es tan interior como exterior-, como si el individuo no fuese más que el límite de una vibración sonora, un fragmento de un mar revuelto en la agonía contenida y ahora expuesta en carne viva: círculos o esferas del sonido más regresivo y más conmovedor.

No hay modo de sustraerse a esa desesperación de una voz que muestra el horror de la especie, o el límite insuperable de las continuas tragedias, el final visible de una larga historia de torturas, sacrificios y violencias.

Después del grito lo humano acaba, se pulveriza o se revierte: el estruendo ensordece y alcanza todos los sitios, todos los tiempos, aturde al pasado y al futuro, a la pradera, al río y al acantilado, al niño, al anciano.

Un grito puede ser la culminación de la soledad, su despertar o su temblor último.

Complicidad, el otro como cónyuge, de tanto conocerse, de ser lo humano tan conocido, perdió la intimidad consigo. Y se sorprende de algo que ha dicho, hecho o pensado, como si se tratara de un otro, incapaz de comprenderse, de ayudarse, de quererse. Cansancio, agotamiento, el límite de la finitud parece estar frente a sí mismo.

La voluntad de escapar, aunque necesaria, aunque urgente, cavará su propia fosa: ya algo no regresará, ya alguien no estará con otro nunca más. Quien amaba, perseguirá; quien acompañaba, tomará tal velocidad que se perderá enseguida de vista; quien hablaba, ya no escuchará.

Lo humano está extenuado, no puedes más: es aquí donde la fragilidad se quiebra en cien pedazos y, aunque permanezca un hilo de voz, se sabe que no se recompondrá la historia de la vida, porque esa historia no existe como tal, es una composición descompuesta desde el inicio, el artefacto de un lenguaje pulverizado por la norma, por el embate de lo nuevo sobre lo viejo, por la pérdida progresiva de las buenas razones, porque, en fin, no hay una única narradora ni una única narración.

A menos que se experimente otra vez la voz huérfana, la voz que tiembla y cambia; se oirá decir y se escuchará decir cosas mucho más compasivas, más complacientes.

Un grito puede acabar o cambiar una vida.

Cambiar, sí, pero no el trueque de mercancías. Cambiar como el riesgo que corre la belleza en destrozarse, cambiar como el peligro que asume la insensatez del amor, cambiar como desorden nuevo. Moverse desde un rostro que calla hacia un destino que tiembla.

¿Y si cambiar no fuera sino la transformación del tiempo en una disyuntiva entre lo urgente y lo paciente, la prisa y la pasión?

Es cierto: la soledad gira en el sentido contrario a las agujas del reloj, en la dirección opuesta a la traslación de la tierra, en el camino inverso de la humillación y en el mismo abismo que la intensidad del amor. No ser nada, no ser nadie, no ser alguno, no tener nada para decir o pensar o hacer que trascienda alguna frontera, alguna persona. Esto es, también, la voz de la soledad: la que nos confirma la nulidad del ser, la ausencia de sentido, los paisajes desiertos de símbolos que digan algo a propósito de donde venimos y hacia donde vamos. Viene a la mente la imagen de un secreto invertido, la inadvertencia de unas palabras que rozan el cuerpo, de uno en uno, dentro, como un escalofrío que enmudece y habla a la vez, bajo una suerte de descubrimiento sin nada dentro, un escozor absoluto y vacío, fecundo y yermo.

Hay algo, un susurro, un secreto que se calla o se silencia o empalidece, pero no para abandonar la palabra y que permanezca en la retaguardia del cuerpo y de la lengua -como escribió Derrida¹-, sino porque todo secreto es extraño a la palabra, es extranjero a su sonido.

Y el secreto dice: quedarse uno solo, quedarse a solas. Retiro o residuo. Centralidad o despojo. Hostilidad del amor ausente, de la amistad vaciada en el cuenco de arcilla seca, de los sueños retirados, de los huesos anclados a la dádiva de los fantasmas. Ser uno su propio pordiosero. O bien: permanecerse, sostenerse con lo poco que somos en las migajas de nuestras pasiones indecisas.

La hospitalidad de un cuerpo siempre en ascuas, siempre en puntos suspensivos, siempre entre paréntesis. La soledad como condición, como despedida o, en fin, como el grito último del desgarramiento.

El secreto de la soledad no desea traducir de afuera hacia dentro ni de dentro hacia fuera, como si se tratara de un lenguaje enmendado en su pasaje por la piel -la piel luminosa que mira hacia el sol, la piel oscura que se topa con sus vísceras- si no, más bien, contradecir; esta es su voluntad: hacer que toda afirmación se vuelva torpe, que toda pregunta insista en preguntarse, que los adjetivos no encuentren calma ni reposo, en fin, que las palabras no transiten como tibios pasajeros de un viaje de iniciación y desfallecimiento.

¹ Derrida, Jacques. *Políticas de la amistad*. Madrid: Editorial Trotta, 1994.

En vez de historias, aquello que la soledad cuenta son secretos nunca tocados y que se acercan a lo que hay de más vital en la muerte y de más mortal en la vida. Es como si el lenguaje de la soledad desconfiara de nosotros, de nuestros argumentos y explicaciones y esperase a que la humanidad se duerma: las verdades se desmoronan, los gestos adquieren otro rubor, la vergüenza y el deseo hacen todo lo restante.

La experiencia de la soledad es la experiencia de aquello que no se podrá nunca y aún insiste; de sabernos precarios, provisorios todo el tiempo, frágiles en cada sitio, seguros de nada, vulnerables a cualquier palabra, a cualquier caricia, a cualquier otro, quienquiera sea, donde quiera que éste, en cualquier momento, en un instante que ya está hecho de silencios, dilataciones, revueltas y penumbras.

Sin embargo, la vida es un relato alternado de soledades e interrupciones, es decir, también existe el lenguaje que ordena, que controla, que guía, que habla, un lenguaje que interrumpe casi siempre en el momento menos deseado y con efectos impredecibles: hay veces que una cierta interrupción a la soledad es necesaria, la sacudida a la pereza oxidada o a su idea, el despojo de la parsimonia frente al horror; es bien cierto que para pensar hay que verse interrumpido en el pensamiento.

Pero hay otras veces en que una interrupción es una tragedia y es preferible no ser interrumpido ni en el lenguaje, ni en la atención, ni en la memoria, ni en la ficción, ni en la lectura, ni en el amor. La vida queda cansada, agotada, por las interrupciones y es entonces cuando reaparece la soledad en su destino de morada, de refugio, la construcción de un silencio impermeable, con restricciones de paso.

¿Hay acaso una soledad a la que se pueda considerar soberana y *alegre*?

Tal vez sí, pero es imposible darse cuenta de su sonrisa ni de su ternura ni de su belleza, hasta que alguien, hasta que algo la interrumpe con el soplido renegrido que anuncia, una vez más, la insistente gravedad del mundo.

2. El miedo, los silencios y las vacuolas de Deleuze.

El segundo después del golpe es la soledad. No el golpe, el segundo después.

Cuando lo que ha estallado en el rostro o en el abdomen o en la espalda o incluso lo que no ha dado en el blanco se derrama hacia todo el cuerpo, hacia toda la vida, hacia adelante y atrás, como si sacudiera el pasado y humillara el futuro dejándolo sin porvenir.

El golpe, sí, pero sobre todo el inmediato recuerdo de un motivo sin motivo, la furia, el desdén, lo insostenible, la soledad que da miedo porque allí está el recuerdo del golpe anterior. Éste es el miedo: la memoria infinita de los golpes.

Pues el miedo es, siempre, una sustracción violenta a la soledad. Pero: miedo a qué, miedo

de qué, miedo porqué, miedo dónde. Bajo la persecución de los sueños impropios, la disciplina, el mandato, la vanidad de lo normal; de frente a lo que es aún mayor que el propio cuerpo, mirando una sombra que no es la propia.

En la ciudad, en medio de la espalda de la noche, como si no hubiera espacio a los lados y la tierra se abriese sin nada debajo, sin sostén, sin atmósfera.

Miedo a la obligación de permanecer quieto, inmóvil o a la imposibilidad de recordar u olvidar, o una detención jamás deseada en el umbral del deseo.

Lo humano como el relato del miedo.

Los primeros astrónomos sentían miedo del cielo excesivo. Los primeros vivos sentían miedo de los primeros muertos. Los primeros lectores sentían miedo de las primeras lecturas. El libro fue ahogado en la hoguera. Todos sintieron miedo del fuego lector. Y aún hoy es así.

Toda lengua en el miedo se debilita, se contorsiona, se seca. Habrá que dejar el miedo en reposo para que no sea una respuesta sino una pregunta que venza su tartamudez. Dejarlo aparte, no ignorarlo, no desquiciarlo, pero aparte.

Hacer que el miedo interrogue, que se traduzca. El miedo puesto en palabras, tiene miedo de sus palabras. El miedo debería ser anterior: miedo al amor antes del amor. Miedo al destino antes del destino. Miedo al suicidio de la hojarasca antes del invierno.

Pero también el miedo como duración: durante el amor miedo a perder el amor, durante el destino miedo a no tener porvenir, durante la hojarasca miedo a la precipitación de un último invierno, durante la soledad miedo a no poder estar solos.

¿Estar solos?

Vacuolas de soledad, escribe Deleuze².

No saber qué es la soledad, pero mucho menos qué significa vacuolas. Dice el diccionario que son como sacos limitados por una membrana, llenos de agua con varios azúcares, sales, proteínas, y otros nutrientes disueltos en ella; y que cada célula vegetal contiene una sola vacuola de gran tamaño que usualmente ocupa la mayor parte del espacio interior de la célula.

Vacuolas de soledad, y de silencio, escribe Deleuze. Basta de expresión, basta de esas palabras inútiles que se posan sobre el aburrimiento como moscas en la miel resecada, basta, incluso, de creer que siempre habrá algo para decir, como si el lenguaje fuese la obediencia de la realidad a las palabras o el sometimiento de uno hacia el lenguaje.

² Deleuze, Gilles. *Diferencia y repetición*. Barcelona: Júcar Universidad, 1988.

Compelidos a decir, forzados a desatar el nudo de la garganta, a deambular como seres murmurantes, pensar que el único remedio para el anegamiento del sonido es el silencio: la abstención del hablar, el vacío del ruido, la detención musical.

Podrían coleccionarse las formas en que, paradójicamente, el silencio es pronunciado: el silencio en la noche, el testigo silencioso, el silencio de los inocentes, el silencio es salud, el silencio sepulcral, el silencio-hospital, el silencio de las bibliotecas, el crimen silencioso, el silencio cómplice, el silencio del bosque, el silencio del claustro, la muerte silenciosa, la calle silenciosa, el silencio creativo, el muro de silencio, los sonidos del silencio, el silencio de los amantes, el silencio de la lectura –a partir de san Ambrosio, aclaras-, esa frase atribuida a Shakespeare: *«es mejor ser rey de tu silencio, que esclavo de tus palabras»*, o aquella cita que se dice corresponde a Beethoven: *«Nunca rompas el silencio si no es para mejorarlo»*, el silencio es oro, el silencio interior, el silencio del más allá.

El silencio como la falta de sonido, el lugar y el tiempo, donde nada ni nadie parecen querer ni poder decir, decirse. La simpleza del callarse, se trasmuta en la complejidad de lo que parece ocultarse: es tan simple el silencio que crees que no hay nada para comprender ni para interpretar. Pero a poco que lo piensas sientes que el silencio es como el reverso de la voz o, bien, como una voz que está pronta a evocar su forma más pura.

¿Habrá que darle soledad y silencio a la gente, en vez de cantidades ingentes de proposiciones desgastadas, pisoteadas, nulas?

No existe ese privilegio, existe el don, la donación. Pero, cuidado: siempre han dicho que hay que dar voz a los que no tienen voz. Esto no es cierto: no hay que dar voz a los que no la tienen, porque todo el mundo tiene voz. La cuestión es ir a los sitios donde la gente ya habla. La cuestión es escucharlos.

Da la sensación que el silencio tiene algo de concluyente, de definitivo, de decisorio que la palabra ya dicha no tiene. Como si el silencio ocupara el espacio de lo innombrable, de lo indefinible e, inclusive, de lo ambiguo, lo bizarro y tal vez de lo efímero, de aquello que irremediablemente se te escapa, se te pierde, se diluye. No hay palabra conocida que pueda con ello.

Después del grito lo humano quisiera pensar el silencio en lo que tiene de calma, pero no de parsimonia; sentir al silencio como un aliado de la mirada, pero no del halago ni de hostilidad; quisiera el silencio como una vigilia contra esos estafadores de palabras que creen doblegar con su hablar toda la fatalidad del universo; quisiera lo humano retirarse en silencio, bajar la voz, apagar todas las luces, no hacer nada que huelga a lenguaje; quisiera no ser nombrada por nadie a toda hora, ni nombrar la soledad de ninguno todo el tiempo, en todas partes; quisiera un espacio de soledad, encontrar ese lugar solitario, como dice Pascal Quignard³, para ensalzar allí la inseguridad de pensar, el silencio

³ Quignard, Pascal. *Las sombras errantes*. Buenos Aires: Cuenco del Plata, 2014.

tembloroso del pensamiento.

3. El castillo de Montaigne y la patria de Nietzsche.

Es entonces acaso posible una soledad soberana o *alegre* o, al menos, una soledad que se muestre y revele satisfecha, orgullosa de sí misma, incluso un tanto egoísta, quizá arrogante.

Montaigne solía encerrarse en una de las torres de su castillo fortificado para quedarse a solas con la lectura y la escritura, y desobedecer así los mandatos de la sociedad y la tiranía del tiempo utilitario, pero nulo.

La soledad como retiro.

Pero es cierto que por más que uno se mueva, que por más que se refugie, se aísle, o busque un lugar donde nadie pueda hallarlo, hasta allí lo seguirán la ambición, la palabra, la avaricia o el miedo, persiguiéndolo, no dejándolo en paz, impidiéndolo o interrumpiendo su deseo solitario y la soledad de los libros.

Está claro: toda soledad es, para Michel de Montaigne, lo contrario de la ocupación, del ocuparse; lo opuesto a la usurpación. Cada uno de los hábitos del mundo, los más cotidianos y los más palaciegos, los más familiares y los más políticos, se vuelven un estorbo inoportuno para el deseo del vivir a solas, sin cuidados y agradablemente.

Su soledad es, así, una ambición y una voluntad: la de huir de la sociedad para quedarse con los brazos sueltos y libres. Y también es una virtud: poder estar solo, si de verdad se pudiera escoger, si de verdad existiera el libre albedrío, escapándose del tedio y la insistencia de los vicios de una obligada discusión sin tregua, de una extenuante participación en la vida social.

Hasta los sitios más recónditos se yergue, inapelable, la sombra del peso de la compañía y no basta con viajar hasta el otro lado del mundo, cambiar de sitio a cada instante, ocultarse de las conversaciones o de las tareas innecesarias: habrá entonces que apartarse, sí, de esas convenciones en las que un ser se hunde a sí mismo, para tomar pose de uno y recogerse, replegarse, desafiliarse del hastío.

Y es que es solo de uno la causa del tormento y es únicamente de uno, también, la ansiada libertad por desamarrarse.

La soledad verdadera como aislamiento, sí, como un asilo para el goce, la dicha únicamente personal, la prescindencia de lo vacío y de las personas, “*el arte de vivir de acuerdo a nuestra satisfacción*”⁴; un desprendimiento de los lazos que nos sujetan a los

⁴ Montaigne, Michel de. La soledad. En: *Los ensayos*. Barcelona: Acantilado, 2007.

caprichos, las preocupaciones, los humores y malhumores de los demás.

La simpatía por esta idea de soledad se ve amenazada por su acentuado romanticismo, por la liviandad extrema de una atmósfera en demasía noble, burguesa, aristocrática.

Pues se trataría de elegir los tesoros convenientes para el alma individual y resguardarlos de toda intemperie provocada por otros, ocultarlos en un lugar que nadie conozca, guardarlos en una suerte de trastienda donde la única traición posible sea la de uno para consigo mismo: nada ni nadie –los bienes materiales, la influencia ajena, o bien la moral– deberán ser culpados si no somos cada uno de nosotros, capaces de ser nuestra propia compañía, y permanecer y discurrir en su interior.

A la soledad solo le preocupa la muerte, escribe Montaigne. Y es por ello que no valdría la pena ocuparse de cosas inferiores a ella, ni romperse la cabeza con un peso desmesurado sobre los hombros, y ni siquiera pedir prestado algún interés o servicio de otro hombre.

La soledad como la vida para uno solo.

Dedicar la existencia a lo que realmente importa, despidiéndonos de toda nimiedad inservible: la soledad de aquellos que han dedicado su vida para consagrarse al espíritu del mundo. Aprender de Sócrates: que los más jóvenes se instruyan, que los hombres adultos dediquen su tiempo al bien, y que los ancianos vivan al fin libres, y despojados de toda obligación.

Después de todo: ¿por qué hacer caso a las accidentales y azarosas influencias del exterior, que no hacen más que trabar el grato destino de calma y tranquilidad? ¿Para qué someterse al poder riguroso del ojo vigilante, que condiciona y dirige nuestras acciones hacia una vida de tormentos?

Allí está el mendigo, en la puerta del castillo, más contento y más sano que Montaigne. Y Montaigne piensa que no se horrorizará por lo que no le causa horror de ese hombre desvalido, que no será impaciente con la paciencia de ese ser inferior. Será cuestión de abandonar las delicias y comodidades, apartarse y apartar el mundo de verdad, pues la pena definitiva sobrevendrá y no habrá fama ni religión que la consuele.

El retiro es absoluto y sincero, lejos de toda ambición, huyendo de la vana gloria, sosteniéndose en el verdadero camino del retiro que no es otro que aquel de: *“contentaros de vosotros mismos, en no buscar nada que de vosotros no provenga, en detener y sujetar vuestra alma en el recogimiento, donde pueda encontrar su encanto”*⁵.

La soledad de Montaigne es el texto sobre la soledad del propio Montaigne, que ensayó a partir de 1571, con 38 años de edad.

⁵ *Ibíd.*, pág. 211.

Su soledad como un objeto de estudio de sí mismo, apartado de todos y de todo, retirado en su castillo, dedicado por completo al placer y el goce de la lectura y la escritura, mientras la pena, el tormento y la muerte aguardaban por su cuerpo con demorada paciencia.

Y es que hay demasiado ruido alrededor, como si desde hace dos o tres siglos o desde el origen o incluso antes del origen no fuera posible pensar, ni imaginar, ni sentir, y un alud de voces ásperas, sucias, repitiera un sonido que nunca llega a ser lenguaje sino más bien un turbio revoltijo de barullos, una sucesión de tumultos sin pasiones, la condescendencia estéril y sin corazón del abandonar las pasiones, de bajar los brazos, de andar con la cabeza gacha y las ideas arrastradas.

Travesía del lenguaje: salirse para encontrar el mundo, permanecer para narrarlo. Entre el mundo y la forma en que se asumen los sonidos de la existencia, todo permanece en la atmósfera de la punta rugosa y tensa de la lengua. El lenguaje: mendicidad y opulencia, la revelación del vacío, la presencia de la falta, el estupor por haber encontrado lo inhallable, la perplejidad por no poder volver a repetirlo.

Así hablaba Zaratustra, sí.

La soledad como una patria sin fronteras, ni ejércitos, ni jurisprudencia, ni enemigos, a no ser la propia indefensión: no podrá la soledad ser pensamiento al abandonarse en el barullo de los demás, en el descansar sobre la débil placidez de los sueños ajenos, ésa moral sin singularidad que está lejos, fuera de sí, rabiosa de una sociedad abarrotada de estafadores de ideas y de almas. La soledad es una patria amistosa: el refugio donde el gozo del pensar se extiende por largas horas y se encuentra a sí mismo en un silencio indestructible y conmovedor.

¿Qué pensamiento nace en la soledad, sino aquel capaz de decir algo sobre lo particular, sobre lo pequeño, esa mínima luminosidad que podría hacer temblar toda la oscuridad del universo? La contracción de uno con uno frente a la incandescencia de los demás; buscarse en una intimidad que se retuerce hasta convertirse uno en una excepción a toda regla. Si nos pensáramos y pensásemos, si fuera posible murmurar lo ínfimo que se nombra y nos nombra, no se confundiría lo pequeño con el empequeñecimiento, la aflicción con la burla, la pena con la esterilidad.

Más allá del bien y del mal, sí, está la soledad.

La patria fecunda que nos recluye en un desierto ajeno a los embrollos de una sociedad que todo el tiempo obliga a pensarnos como regla y no como su contrario. Si Pessoa decía que somos a excepciones a una regla que no existe⁶, Nietzsche nos muestra cómo transformarnos en esa excepción particular: la soledad como virtud, la limpieza del pensamiento. Y es que nadie nos enseñará a soportar el peso de la soledad, nadie lo

⁶ Pessoa, Fernando. *O livro do desassossego*. Sao Paulo: Companhia das Letras, 1997.

aprenderá nunca, porque ninguno a ello aspira⁷.

Por el contrario: la profecía se cumple sin remedio y aquello que se enseña –y lo que se aprende– es, en realidad, el arte fútil de la evasión, eludir sin disimulo y a cada instante la supuesta peligrosidad del estar solo, abandonarse a un vértigo sinfín donde poder moverse siempre hacia delante, con acciones sin ecos, palabras roídas por un consenso vano y fatal.

Humano, demasiado humano, sí.

El ritual del hombre es la soledad, ésa es su patria; de allí, del territorio de la voz que piensa, de la palabra que piensa, nace una conversación tan agradable como implacable: contarte la vida, reírse de uno mismo, odiarse, sostenerse, la alegría de un monólogo que fluye como arterias de un río sin principio ni final; pero también la depreciación de uno en comparación con otros, esa suerte de austera revelación de aquello que pueda significar, suponer, expresar creer ser quien uno cree ser.

Quizá no haya más en la vida que pedir que se nos conceda la soledad y que la apreciación de los demás no sea la del ruin juzgamiento, que ninguno confunda soledad con indefensión, soledad con amargura.

4. Tres insinuaciones sobre la soledad: presencia, violencia y rebelión.

El presente está solo, escribió Borges⁸.

Un presente fugaz, tenue, que se mira en los espejos desgastados de la noche, mientras se aguarda el alba sin la ilusión de encontrar ni otro cielo ni otro infierno

El presente no deja de moverse, intuyó Deleuze.

Salto de tiempo que se tropiezan unos con otros, se confunden. La paradoja más sublime del presente: habitar el tiempo y pasar a ser ese tiempo constituido. Presente, como el signo de lo que acaba de pasar y no es pasado.

Presente, bajo la inquieta sensación de lo que vendrá y que no es futuro. Presente como la palabra dicha y ya ineficaz, ya yaciente.

Pero: ¿dónde está el eco, dónde la reverberancia, dónde lo que queda inscripto y permanece siempre con la percepción de su presente?

Nos engañan y engañamos, porque en vez de habitar el presente nos fuerzan y forzamos

⁷ Nietzsche, Friedrich. *Humano, demasiado humano*. Madrid: Akal, 1996.

⁸ Borges, Jorge Luis. *Poesía Completa*. Barcelona: Ediciones Destino, 2009.

a lo actual: el actual asesinato, el actual político, el actual sismo, la actual tragedia, el actual tiempo y la actual temperatura.

Pero la actualidad no es el presente, no está presente, está impuesta, es su impostora, es la impostura.

Ni lo actual, ni lo vigente: la vigencia de aquello que se hace o dice o se piensa o se cree o se escucha, tendrá más que ver con cómo te haces presente, que con el presente. Hay formas de hacerse presente que, incluso, nada tienen que ver con el presente.

Ficciones de identidad, por ejemplo. O ejercicios de desplazamiento. ¿Acaso se piensa el presente, en el presente? ¿O es pura maquinaria de sensación y percepción, pero aún no es pensamiento?

El presente mira, sobre todo. Y escucha, además. Los ojos y los oídos están en el presente. Y está allí la piel, no su envoltura, no la epidermis recelosa, sino la porosidad sin límites.

Cuerpo presente, la única expresión verosímil; mucho más que estar presente o presentarse o hacerse uno presente o responder: *presente*. Corrección: cuerpo presente es frase fatídica; mejor sería decir *con el cuerpo presente*.

El presente es el cuerpo: único instante en que mirar no quiere decir juzgar, interpretar, inferir, dictaminar, interpelar, comprender; única vez en que escuchar querrá decir dejar pasar, dar paso uno a uno los sonidos de lo hasta aquí ausente. Y la piel recibe, no ejecuta, no elabora, no transforma una sensación en sentimiento, pasión en paisaje, padecimiento en sufrimiento.

Al abrir la poesía, algo se encuentra: Philippe Jaccottet escribe que no quisiera ya posarse, ni volar a la velocidad del tiempo; que sólo desea creer por un instante que su espera es inmóvil, quieta.

Las palabras, entonces, se presentan, se hacen presentes. Como súbitos relámpagos en un cielo claro, como aves rapaces. Y toman cuenta de los ojos, los oídos y la piel. Las pocas palabras en el centro de la mirada, que no dejan ver; en medio del oír, sin poder escuchar; las que deciden cómo habrá que sentir lo sentido u olvidar lo olvidado.

Si de verdad es posible creer en el presente como único tiempo, quedará apenas una forma de conjugarlo, el gerundio: estar percibiendo, es decir, estar siendo. Y dejar de serlo, como esos pájaros que pasan de rama en rama a la espera de una luz distinta y efímera: estar siendo es el más huidizo de los tiempos y de los verbos.

Y si no es posible creer en el presente como ese único tiempo, pues se deberá recordar a Philippe Claudel⁹: el hombre en medio de la guerra, atrapado en su trinchera, aterido por el frío de la nieve y de los muertos que siempre se decía *que había tiempo*. Claro que sí,

⁹ Claudel, Philippe. *Almas grises*. Barcelona: Salamandra, 2008.

siempre hay tiempo, y esta frase es una de las más tontas que se pueden escuchar: que mañana se hará, o dentro de unos días, o el año que viene. Mientras tanto, todo se muere alrededor y en pocos minutos seguiremos los ataúdes en vez de atender una conversación.

El presente toma la forma de un segundo. No era, está siendo, ya pasó: un segundo, sí.

Es por ello que el lenguaje masculla, balbucea, tartamudea y gime destemplado. No hay lengua constituida en el presente, aún cuando todas las palabras del universo quisieran expresarse.

La violencia es de la lengua que no acaba de expresarse.

Violencia en el presente, ahora mismo. Y toda soledad alterada, desquiciada, destrozada.

Alguien mira de tal modo que otro siente una extrema y acuciante necesidad de inspeccionarte. Algo parece, así, estar equivocado en uno y otro: una suerte de sospecha que inicia el lento y estruendoso derrotero de la herida; una herida que jamás se medirá en proporciones, sino en densidad y en humedades.

La violencia es una medusa. Una sacudida, un movimiento inesperado de dolor; enseguida agujerea la sensibilidad, la endurece, se vuelve hormigón. Y permanece el rencor, es decir, una mordedura en el pensamiento. Podría ser olvido, o indiferencia. Pero no lo es.

La violencia es un látigo que desciende vertical hacia el cuerpo quieto, indefenso; y otro látigo de vuelta, el de las palabras sin voz que todo lo empeoran: desidia, crispación, injuria, grito, golpe, sorna, risotada, crueldad, profanación, ferocidad, furia, agresión, ensañamiento, humillación, brusquedad, dureza, atropello, violación, asesinato, masacre, desaparición, muerte.

¿Muerte? ¿Acaso no es ya muerte el deber de replegarse, esconderse, escudarse, huir, o incluso devolver, retornar la violencia a su pretendido origen? ¿No es ya muerte ser eso el cuerpo, apenas el lugar donde se extienden las marcas de la estampida?

Dicen que toda la violencia proviene de la Edad Media, que somos Edad Media, que nunca dejaremos de serlo en sus barbaries y en sus represalias. Dicen que todo nace de la ecuación entre la inocultable tentación de matar y la ansiada -y ansiosa- penalidad de la muerte.

La violencia como el género literario de la época.

Por ejemplo.

Unas monjas atacan al obispo de su propio monasterio y una tropa de hechiceros, adúlteros y asesinos se reúnen para dar paso a la venganza.

Unos clérigos se disgustan con las actitudes de su obispo, y lo castran.

El joven Sicharius se entera del asesinato de sus padres, y reacciona cortando con un serrucho las cabezas de todos los supuestos asesinos.

Esta es la estupidez inaugural con la que se ha creado el mundo, aquí y ahora presente. La imbecilidad con que lo habitamos. La violencia como el fin de la conversación, como la desaparición del amor, de la amistad.

El mundo como el sepulcro repetido de los cuerpos violentados.

Por eso la rebelión.

La rebelión de la soledad. No la crispación burguesa y aturdida, o la destrucción errática. Si existe rebelión es porque las cosas desaniman y hartan y engañan. La soledad humana exige rebelión allí donde las aguas están demasiado quietas y envenenadas. La vida merece rebelarse en sí misma y con otros: rebelarse al hábito de la muerte y, sobre todo, a la postración de la vida.

Rebelarse es contra qué, sí.

Pero hay algo más: es junto a quién.

Y es que contra qué significa: quizá contra todo.

Todo lo que compone el mundo, este mundo, es causa de su contrariedad. Estar contrariado con el mundo, con este mundo. El que uno habita. Hace. Deshace. Dice, desmiente. Prefigura, configura, desfigura.

El porqué de la vida y el sin qué de la muerte, provocan contrariedad. Uno es la contrariedad del otro. Otro es la contrariedad de uno. Estar juntos perturba. Estar lejos desespera. La distancia justa, la justa medida, la medianía, el hombre medio, la medianera se han vuelto insoportables.

Contra el mundo. Contrariados y contrariándonos.

Rebelarse: ser intolerante con un mundo que no tiene paz ni te deja en paz.

Rebeldía: acción de no ocultarse, de no esconderse.

Pero: no solo contra qué. Sino junto a quién. Junto a quién quiere decir que uno no es un *Ícaro* sino, quizá, una de las voces presentes en *El Banquete*.

La cofradía es junto a quién.

El gesto iracundo es contra qué. El golpe es contra qué.

La amistad es junto a quién.

La amenaza, el asesinato es contra qué.

Mirar hacia los lados, andar a los lados, estar en los lados, es junto a quién.

“Una mirada desde la alcantarilla / Puede ser una visión del mundo”.

Desde una alcantarilla o detrás de la ventana o bajo la cama o sobre el hombro humillado y pisoteado de otro hombre o frente al débil o atrás de un árbol.

“La rebelión consiste en mirar una rosa / Hasta pulverizarse los ojos”¹⁰.

Pulverizarse, estremecerse, conmoverse, desencadenarse la rebeldía.

Mirar una rosa, sí.

Lo que es decir: mirar al mundo.

Y pulverizar con los ojos toda su maloliente atrocidad.

5. El intervalo de Jabés, la distancia de Blanchot y la amistad de Derrida.

Que la soledad sea como la amistad. Un interés supremo por lo puramente desinteresado, esa palabra, amistad, que una vez pronunciada se exime de toda repetición. Un pacto de proximidades y de distancias, inviolable e inolvidable, como si fueras amiga de ti misma, aunque no lo supieras, aunque a veces se olvidara.

Lo humano quisiera que nadie ni nada irrumpiese, percibirse sin intrusiones ni extrañezas. Lo intruso: lo que no fue llamado, lo que fuerza el cerrojo de la intimidad abierta, lo que violenta ese límite inexpugnable de la piel, por dentro y por fuera.

La amistad, en cambio, como una conversación con unas palabras quizá sin palabras, una relación que no admite ni conocimiento ni autoridad -¿quién tendrá más poder: uno sobre su soledad o su soledad sobre uno? ¿Vale la pena, acaso, esta cuestión?-.

Una renuncia a conocerse, a interpretarse, a traducirse, a explicarse, para dar paso, para dejar pasar sin más, esa conmovedora reunión entre dos cuerpos – o dos almas, o dos voces, o dos silencios- que se reconocen sin adjetivación ni acusación, sin interpelación ni infamia.

Más que una renuncia al conocimiento, el principio esencial y sobrecogedor del desconocer: acoger al otro –la soledad a uno, uno a la soledad- pues hay allí una ligadura esencial, como la arena y el limo, como la arteria y la sangre.

Es cierto: no hablar acerca de tus amistades, no hablar sobre la propia soledad, sino con ella, en esa extrañeza común de una conversación que nunca se vuelve un tema en sí

¹⁰ Pizarnik, Alejandra. *Poesía completa*. Buenos Aires: Editorial Lumen, 2000.

mismo, sino en una separación que permite la relación.

Está en Blanchot: hay en la amistad una distancia infinita y aquello que separa es, justamente, lo que se abre a la reunión¹¹.

Dos siempre extraños, apartados, situados en una lejanía inmedible pero claramente trazada, que no confunden lo extraño con lo extravagante, ni la extravagancia con lo extranjero, ni lo extranjero con una amenaza; dos extraños que se intercambian tanto lo que poseen como lo que no poseen, y que dejan sin valor de mercancía aquello que ponen en común.

Un juego de entendimiento, no de cognición, porque en cada uno siempre habrá cada uno, y la línea que traza la frontera entre dos en vez de dividir, aúna. Sin sobreposición, sin usurpación.

Está en Edmond Jabés:

- *“Yo soy el intervalo”*.

- *“El intervalo es nexa”*¹².

Relación de una amistad como soledad que hace posible el acontecer, porque crea un intervalo que actúa –es decir: que lee, habla, escribe, juega, imagina, siente, padece, calla, desea- sin poner en juego la disponibilidad obligada, forzada, de uno sobre otro.

Se es indisponible para la propia soledad, así como la soledad está indisponible para uno. Pero en esa indisposición hay un intervalo donde es posible medir sin juzgar todo lo que hay de acontecimiento.

En todas las edades la amistad tiene un valor que no se cuenta; no hay cantidades, es innúmera. Se transfigura de amistad en amistad y la afección presente en cada una de ellas jamás se suma y jamás se resta. Y es por ello que la voz presente en uno deviene de incontables voces de otros. Ya no importa de quién. Ya no importa cómo. Ya no importa dónde.

Extraña sensación la de un cuerpo que acompaña, una compañía sin condición que, aún ausente en el presente, suele permanecer a los costados. O en el interior.

La amistad es ser, como amigos, amigos de la soledad; y nos buscamos, en nuestras diferencias, en lo incomparable, en la desigualdad, para compartir lo imposible, lo inaccesible: la propia soledad, una soledad común, pero sin parentesco, sin simetrías.

Alejarse de la soledad, de las amistades, para poder regresar sin saber cuándo y llevar

¹¹ Blanchot, Blanchot, Maurice. *L’Amitié*. Paris: Gallimard, 1971.

¹² Jabés, Edmond. *El libro de las preguntas*. Madrid: Ediciones Siruela, 2006.

consigo la invitación sin condiciones, de la que también las amistades y la soledad se apartan sin remedio, en medio de esa singularidad solitaria en la que nacemos, vivimos, morimos.

Amistad entre solitarios, como quería Nietzsche.

El único caso, la única situación en la que el “yo” se pronuncia como “nosotros”; una llamada a la cual habrá que convocar y responder, una llamada de urgencia, una llamada celosa, una llamada secreta.

Amistad de media-noche, la soledad más honda, la confesión menos conocida y más pronunciada del amor.

Carlos Skliar

(Buenos Aires, 1960) es investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de la Argentina (CONICET), y del Área de Educación de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

Es Doctor en Fonología, con Especialidad en Problemas de la Comunicación Humana con estudios de Pos-doctorado en Educación por la Universidad Federal de Río Grande do Sul, Brasil y por la Universidad de Barcelona, España. Ha sido profesor adjunto de la Facultad de Educación de la Universidad Federal de Río Grande do Sul, Brasil, y profesor visitante en: Universidad de Barcelona, Universidad de Siegen (Alemania), Universidad Metropolitana de Chile, Universidad Pedagógica de Bogotá y Universidad Pedagógica de Caracas.

Es autor de los libros de poemas *Primera Conjunción* (1981), *Hilos después* (2009) y *Voz apenas* (2011), del libro de aforismos y ensayos *La intimidad y la alteridad* (2006). Recientemente ha publicado los títulos *No tienen prisa las palabras* (Candaya, 2012) y *Hablar con desconocidos* (Candaya, 2014).

Es también autor de varios libros de pedagogía y filosofía, entre ellos “Lo dicho, lo escrito, lo ignorado” (Tercer premio nacional de Ensayo, Secretaría de Cultura de Nación, 2013).